

Scholar@UPRM

De asombro y ateísmo como el nombre de uno de los caminos que recorre el curso de introducción a la cultura de Occidente

| | |
|---------------|--|
| Item Type | Essay |
| Publisher | Centro de Publicaciones Académicas, Facultad de Artes y Ciencias, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez |
| Download date | 2025-05-19 12:02:54 |
| Link to Item | https://hdl.handle.net/20.500.11801/3135 |

DE ASOMBRO Y ATEÍSMO COMO EL NOMBRE DE UNO DE LOS CAMINOS QUE RECORRE EL CURSO DE INTRODUCCIÓN A LA CULTURA DE OCCIDENTE

Héctor José Huyke

Le advierto al lector y a la lectora que esto de escribir sobre ateísmo no quiere decir que soy ateo, y tampoco quiere decir que no lo soy, o que soy agnóstico, o que soy creyente. Lo que creo o no creo, soy o no soy, no viene al caso. De hecho, este trabajo tiene que ver con un “punto de vista” entre otros posibles puntos de vista. O visto de otra manera: el curso de *Introducción a la Cultura de Occidente* recorre muchos caminos y este es uno de ellos. Por otro lado, cuando se trata de un ‘punto de vista’ ya ha ocurrido una transformación de la cuestión de Dios, una transformación que poco tiene que ver con lo que uno cree; es ya una postura en la búsqueda de la sabiduría, es un asunto filosófico, no religioso. Uno asume o defiende un punto de vista con relación a algo que se debate. Para ningún espíritu verdaderamente religioso, la existencia de Dios es un simple ‘punto de vista’. El dilema entre religión y filosofía es otro asunto muy serio, que puede aparecer tanto desde la filosofía —como aparecerá aquí en este ensayo— como desde la religión, y está tanto en el corazón de nuestra historia, la historia humana, como en el curso de humanidades del Recinto Universitario de Mayagüez.¹

El punto de vista ateo que se defenderá en este ensayo tiene que ver con lo que podemos llamar la postura del tábano. Quizás la lectora recordará la *Apología de Sócrates* donde, según el testimonio de Platón, Sócrates se compara a sí mismo con un tábano o una

¹ Una introducción excelente, ya clásica, al tema de Dios en la historia de la filosofía es Étienne Gilson, *God and Philosophy* (New Haven: Yale University Press, 1941). En este libro, Gilson, filósofo de fe católica, atiende el problema de la relación entre la noción cristiana de Dios y los intentos de demostración filosófica de su existencia a través de la historia de occidente. Véase también Steven M. Cahn, “The Irrelevance to Religion of Philosophic Proofs of the Existence of God” *American Philosophical Quarterly* 6 (1969) 170-172.

mosca que no deja en paz ni deja dormir a un gran caballo muy bien alimentado, los atenienses.² Lectores y lectoras, son mis saludables atenienses. Yo soy, en este contexto, algo así como el molesto tábano que vengo a picar, a molestar, a traer inquietudes donde quizás no las hay ni parecen necesitarse. A Sócrates, este jueguito de las molestosas picadas de tábano le costó la vida. Pues en su defensa Sócrates no dijo lo que los atenienses querían escuchar. Yo voy a decir cosas que el lector muy bien no quisiera escuchar, pero espero, como diría un creyente —en Dios—, que no venga junto a otros y otras a querer lincharme por traer la posible postura del ateísmo.

Cuando enseñé la primera parte de este curso, siempre trato de evocar en los alumnos lo que a través de los siglos los filósofos hemos llamado el asombro ante el misterio del universo. ¿Por qué hay algo en vez de nada? Muy bien pudo no haber absolutamente nada. ¿Entonces por qué hay algo en vez de nada? Desde el asombro, uno no puede simplemente decir porque Dios lo creó todo o lo crea todo a cada instante, pues el mismo asombro te señala lo confuso que es pensar que hubiera no sólo algo, sino lo que es más confuso todavía, que hubiera alguien, previo a que hubiera algo —digo 'previo a' tanto en el sentido lógico de Dios como un postulado que se hace necesario como en el sentido causal de Dios como voluntad libre, creadora y existente eternamente.³ La idea de Dios no hace sino remover el misterio un paso atrás. Y si el universo ante el asombro es misterio, el asombro no avanza postulando otro misterio que explique el primero, y otro misterio que de hecho confunde la

² Platón, *La Apología de Sócrates* (Mayagüez: Cuadernos de Artes y Ciencias, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez, 1983) 47.

³ Se trata de un planteamiento general señalando una debilidad central de argumentos teístas de tipo ontológico, cosmológico y teleológico. Mi argumento central no será tanto en contra del teísmo como a favor del ateísmo. Para una versión del argumento ontológico teísta véase Anselmo, *Proslogion*, trad. Manuel Fuentes Benot (Buenos Aires: Aguilar, 1966). Véase también René Descartes, *Meditaciones Metafísicas*, trad. Manuel Machado (México, D.F.: Porrúa, Núm. 177). Para la crítica de argumentos ontológicos en el contexto de la metafísica tradicional véase Immanuel Kant, *Critique of Pure Reason*, trad. al inglés Norman Kemp Smith (Nueva York: St. Martin's, 1965) 500-507. Para versiones del argumento cosmológico véase Tomás de Aquino, *Summa Theologica*. Primera Parte. Para la crítica de argumentos cosmológicos véase David Hume, *Dialogues Concerning Natural Religion*, Part IX, ed. H.D. Aiken (Nueva York, 1948) y Kant, *Critique of Pure Reason* 507-514. Para una versión del argumento teleológico véase William Paley, "The Analogy of the Watch" en *Readings in the Philosophy of Religion: An Analytic Approach*, ed. Baruch A. Brody (New Jersey: Prentice-Hall, 1974) 112-126. Para la crítica de dichos argumentos véase David Hume, *Dialogues Concerning Natural Religion*, Part II, Part V, Part VIII.

razón. La confunde porque postula algo previo a que hubiera algo y la confunde sobre todo porque se trata de un ser que se supone que sea precisamente como nosotros, alguien.

En este camino, el agnosticismo plantea el mismo problema que el teísmo.⁴ Si la razón es tan audaz que puede concluir que la razón no puede saber si Dios existe o no existe, o que puede demostrar que existe como que no existe, y cualquier raciocinio al respecto es inválido, entonces no es razonable postular que Dios existe. Si por la misma naturaleza de la razón, al agnóstico le está vedado creer en Dios racionalmente, lo razonable para el agnóstico es no creer en Dios. ¿Qué diferencia práctica puede haber entre no poder saber (*agnosis*) y que lo razonable sea no creer? ¿Qué diferencia práctica puede haber en el caso de un centauro que no puedo saber si está en el jardín? ¿Qué diferencia práctica puede haber en el caso de un Dios que yo no puedo saber si es creador del universo? Ninguna. El agnosticismo desemboca en el ateísmo como la alternativa razonable, o en fideísmo, la fe no racional de un Miguel de Unamuno o un Søren Kierkegaard, y la fe en contraposición a la razón que podemos encontrar tanto en David Hume como en Immanuel Kant en algunos pasajes de sus obras.⁵ Entonces abordamos algo que puede ser interesante y valioso, pero el asombro filosófico es acallado en alas de la fe. ¿Por qué hay algo en vez de nada? No es razonable postular ninguna existencia más allá del mismo universo misterioso que habitamos.

Me perdonan pero ¿cuánta soberbia puede haber en unos seres que nacen y mueren uno detrás del otro en un recoveco de una de cientos de millones de galaxias en desbandada, para declarar que fue alguien como ellos que lo creó todo, o que los creó a ellos, y sobre todo a ellos, a imagen y semejanza de Él? Más que humana, uno podría añadir, la soberbia es sobre todo de los hombres: ¿por qué Él? ¿Por qué no Ella? Pues por más que se trate de negar el antropomorfismo, Dios sigue siendo Él: “Dios dijo a Moisés: *ehyeh*

⁴ Para la postura agnóstica véase Immanuel Kant, *Critique of Pure Reason*, 525-531 y el trabajo de Eric Freiburger titulado “¿Qué es el agnosticismo?” publicado en esta misma edición de *Atenea*.

⁵ Véase Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida* (Buenos Aires: Losada, 1964) capítulos I y II. Véase también Søren Kierkegaard, “*Fear and Trembling*” and “*The Sickness unto Death*”, trad. al inglés Walter Lowrie (Princeton: Princeton University Press, 1974). Para el Kant agnóstico y fideísta, véase *Critique of Pure Reason* 500-531. Para el Hume agnóstico y fideísta véase, por ejemplo, *Investigación sobre el conocimiento humano*, trad. Jaime de Salas Ortueta (Madrid: Alianza, 1986) 127.

'aser' *eyheh*." 'Yo soy el (lo) que soy', o 'Yo soy el (lo) que es', o 'Yo soy el existente'. " ... dirás a los israelitas; 'Yo soy' me ha enviado a vosotros." "Así dirás a los israelitas; Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Este es mi nombre para siempre, por él será invocado de generación en generación."⁶ ¿Pero por qué *el* Dios de *los* patriarcas? ¿Por qué no la diosa de las abejas? —si es que pudiéramos concebir lo que sería concebir una diosa desde el centro de la vida de las abejas. Es que se trata de los hebreos, los israelitas en el exilio, y sus patriarcas. En lo que concierne a nuestra cultura, la historia de Dios comienza con los hebreos, quienes redactaron más de la mitad de lo que nosotros llamamos las Sagradas Escrituras, la Biblia, y que en un momento de su historia, pues no es desde siempre, postularon que Yahveh es el único dios. Los primeros cristianos luego postularon que ese único Dios se había ido del lado de ellos. Y en las *Epístolas*, escuchamos a Pablo exhortando a judíos y paganos a que se hicieran cristianos. No empece el humanismo, el sentido de comunidad, y la caridad y la humildad de esos primeros cristianos, ¿no es cierto que debe haber sonado bastante arrogante eso del único Dios a los oídos de griegos y romanos que, colmados de la misma soberbia de mortales habitantes también del remoto planeta, además de hacer imperios, ostentaban, festejaban y temían a sus dioses pensados también a imagen y semejanza de ellos?⁷ ¿Y qué decimos de cientos y miles de otras religiones, la mayoría ya muertas y otras vivas, alrededor del planeta, algunas politeístas, otras monoteístas, y algunas de hecho ateas? ¿Y cuáles son las verdaderas sagradas tradiciones y escrituras? ¿Las nuestras? ¿No es una casualidad demasiado grande que la verdad siempre tienda a caer en nuestras manos? No podemos tampoco simplemente decir que Dios es grande, que todas las religiones son verdaderas. ¿Cuántas atrocidades se han justificado en nombre de alguna secta, de alguna religión? Y tampoco será que algunas interpretaciones son falsas pero otras son ciertas, y que son múltiples las formas de creer en Él o Ella verdaderamente. Pues dentro de todo ese espíritu democrático contemporáneo, ¿no es aún a base de nuestras ideas religiosas que juzgamos si son apropiadas algunas de las de los demás?. ¿Y qué o quién nos otorga ese derecho? ¿La recta moral? Pues

⁶ *Biblia de Jerusalén*. trad. dirigida por José Ángel Ubieta (Bilbao: Desclee de Brouwer, 1975) Ex. 3,13-15.

⁷ Para una visión balanceada de la historia de la vida religiosa y las relaciones entre paganos y cristianos durante los primeros cuatro siglos de nuestra era, véase Robin Lane Fox, *Pagans and Christians* (San Francisco: Harper & Row, 1988).

entonces atendamos el asunto de la moral y no el asunto de si Dios existe. ¿O es que lo que nos otorga el derecho de elegir unas interpretaciones verdaderas es la palabra de Dios? ¿La autoridad divina de una o varias sagradas tradiciones escritas? ¿Dios existe y es así de esta manera, porque así lo dice la palabra de Dios? Estaríamos diciendo que Dios, según lo/la concebimos, lo creó todo y es como yo digo que es porque sí. ¿Entonces qué puede contestar un ser pensante? Sólo me quedaría decir que ese tipo de postura de ‘así porque lo dice aquí’ o ‘así porque sí’ ha estado involucrada en miles de genocidios y persecuciones, además de las guerras más sangrientas de la humanidad, entre ellas guerras entre católicos e indígenas americanos, protestantes e indígenas americanos, católicos y protestantes, cristianos y judíos, musulmanes y cristianos, y musulmanes y judíos. Lo que se desprende de todo este tortuoso camino es un ser orgulloso —si no a veces violento también— empeñado en ubicarse en el centro de un gran evento universal creado por uno como él y para él. También, la idea de que se trata de un ser como nosotros, alguien, algo no humano sino divino, pero algo que es aún personalidad y voluntad libre, algo a lo que le rezamos y le hablamos, le damos las gracias y le pedimos perdón, no cuadra con nuestro lugar y condición de remoto planeta en el universo físico. Una vez más, se trata del mismo punto: a la idea de Dios se le ve, como si fuera, en la costura de su majestuoso traje, la arrogancia y la estrechez humanas.

Todo esto que digo me podría doler horriblemente. Aunque rehúso decir si creo o no creo, porque de hecho no viene al caso, y traería confusión, yo también crecí, como la gran mayoría de mis lectores y lectoras, a la sombra de la doctrina de un Dios todopoderoso e infinitamente bondadoso. Pero a la luz de lo planteado, sí quiero evitar presumir que yo y los míos, ustedes y yo, este grupo de seres humanos, constituimos el centro del universo, o habitamos el mundo donde se bate el cobre más valioso del universo, y esto me tira de nuevo contra la pregunta: ¿por qué hay algo en vez de nada? Porque bien pudo no haber absolutamente nada, y hay algo, que es imposible que venga de la nada, pues la nada nada produce y nada es, y lo que es tiene que haber sido siempre, y eso asombra, si es que uno siente de veras el peso de la pregunta. La idea de que Dios lo creó todo o que lo crea todo a cada instante postula algo misterioso antes de que hubiera algo que ya es misterioso, el universo, el ser. Eso confunde. Es como desvestir a un santo para vestir a otro. O es como aquel loco que pretendiera que uno no llorara ante la muerte de un ser querido porque, según el loco, algo tendría que haber ocasionado la muerte del ser querido, alguna explicación tiene que

haber por la muerte, y por lo tanto, no vale la pena llorar. Pero ninguna supuesta razón ni explicación resuelve el problema ante el cual uno llora cuando se muere un ser querido. El problema es de otra índole. Es decir, ninguna razón es válida ante el terrible asombro de la desaparición de un ser querido, como tampoco ninguna razón es válida ante el deslumbrante asombro de que hay algo y no nada. El asombro, como el llanto, no se disuelve ante ninguna supuesta razón, ni explicación, ni causa. Se disuelve el asombro, también como el llanto, sin duda, ante el olvido. Pero entonces sería el fin del ensayo; la filosofía se habría escabullido.

Algunas lectoras y algunos lectores se dirán que las guerras mencionadas se debieron haber evitado, que no son parte de lo que Dios tenía pensado para nosotros, que resultan ser desvaríos, abusos nuestros. Pues bien. Y todavía se preguntarán como sigue: ¿Por qué usted aún piensa que necesariamente hay arrogancia en la idea de un Dios personal que es todo bondad? ¿Por qué usted piensa que esto no cuadra con nuestro lugar y condición en el universo físico?

Muy buena pregunta. Esto, de hecho, no tiene que ver solamente con lo insignificante que puede parecer el planeta Tierra en el contexto de la totalidad del universo. Tiene que ver con la condición humana como tal. La humanidad siempre ha conocido la enfermedad, la miseria y el sufrimiento.⁸ Le pasa cualquier cosa a cualquiera. Los más piadosos entre nosotros a veces sufren en vida mil veces la cantidad de miseria que sufren los más comunes y que los que son simplemente malos. Los más malos entre nosotros a veces la pasan mil veces mejor que los más comunes y que los más rectos. Los politeístas griegos explicaban esto con cierta claridad. Pues si los dioses no solamente no eran por lo general muy morales que digamos, sus intervenciones bien podían ser resultado de las intrigas entre ellos, y los eventos en la tierra no tenían que mostrar ningún orden moral. Esto se puede ver con claridad en *La Ilíada* y en el *Prometeo encadenado*, por ejemplo.

⁸ Para la discusión de argumentos análogos al que expondré, véase David Hume, *Dialogues Concerning Natural Religion*, Part X, J.L. Mackie, "Evil and Omnipotence" *Mind* 64 (1955), Terence Penelhum, "Divine Goodness and the Problem of Evil" *Religious Studies* 2 (1967) 95-107, Richard Swinburne, "The Problem of Evil" *Reason and Religion*, ed. Stuart C. Brown (Ithaca: Cornell University Press, 1977), Steven M. Cahn, "Cacodaemony" *Analysis* 37 (1977) y George N. Schlesinger, "Suffering and Evil", *Contemporary Philosophy of Religion*, ed. Steven M. Cahn y David Shatz (New York: Oxford University Press, 1982) 25-31.

¿Pero cómo los hebreos explicarían esto en el contexto de un solo Dios todopoderoso y supuestamente misericordioso con su pueblo escogido? De eso se trata el *Libro de Job*. Job es de partida un ser humano rico en posesiones, felicidad y fervor a Dios y es un ser humano maravilloso. Es difícil encontrar un testimonio más extraordinario de humildad ante el universo cuando luego de perderlo todo excepto su vida, sus “huesos y su carne”, “postrado en tierra” dice así:

Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo allá retornaré.
Yahveh dio, Yahveh quitó:
¡Sea bendito el nombre de Yahveh!⁹

Luego Satán, otro misterio que confunde y que acompaña el misterio que también confunde de la idea de un solo Dios, aún duda que el fervor de Job sea incondicional. Le plantea a Yahveh que lo que pasa es que Job debe sufrir una privación aún mayor, en sus propios “huesos y en su carne”, y que entonces, si Dios le permitiera a Satán infligirle tal mal, Job flaquearía y maldeciría el nombre de Dios. Si leemos con cuidado nos daremos cuenta de que Satán es un tipo verdaderamente curioso y que no cree que exista amor incondicional, pero sobre todo nos daremos cuenta que Dios estaba bien seguro del fervor y la rectitud de Job. No se trata de una prueba de fervor, una prueba que sería a todas luces muy cruel, una tortura divina y salvaje para que una débil criatura confesara si ama a su Dios de verdad o no. Yahveh accede a la solicitud de Satán porque está seguro de la fidelidad de Job. Aunque la propia esposa de Job le grita a Job que maldiga a Dios y se acabe de morir (que es en lo que incurrirían la mayor parte de la humanidad que yo conozco, que de hecho por lo general se desespera y desea vengarse ante lo que le acontece, sea cualquier tontería y otros menores sufrimientos), pero Job no profiere la menor insensatez contra Dios ni peca con sus labios.

¿Qué pensar de un ser humano con esa disposición ante lo que le tocó en su vida? Es maravilloso, sin duda. Postrarme ante él a veces quisiera cuando paso por este capítulo de la historia espiritual de occidente. ¿Y qué pensar de Yahveh? El libro nos explica en cierta medida la miseria humana, el sufrimiento de los buenos y rectos: nos habla de la poca importancia que tiene toda la fortuna que nos puede acompañar en una época de la vida y de que lo único importante es el fervor incondicional a Dios. También, al final de la historia, Dios colma de buena fortuna a su Job. Pero Satán, ¡contra!,

⁹ *Biblia de Jerusalén*, Jb. 1, 21

debería haber aprendido la lección. Como sabemos, no la aprendió, pues por ahí deben haber unos cuantos Jobs pasándola bien mal, aceptando su destino y rehusando maldecir a Dios. Y en cuanto a Job, ¡contra!, ningún premio posterior borra lo sufrido, los seres queridos perdidos, muertos para siempre. ¿Por qué, Dios mío?, uno se pregunta. ¿Qué pensarían ustedes de un ser humano que hiciera pasar a un hijo suyo sufrimientos semejantes a los que Dios hizo pasar a Job, aunque estuviera seguro de la fidelidad de su hijo? Digamos que un padre o una madre hiciera a su hijo contagiarse con una enfermedad maligna y lo echara a la calle, que tuviera en su posesión el antídoto para la enfermedad y luego lo dejara retornar a la casa para curarlo y le hiciera una gran fiesta cuando ya se sintiera bien. ¿Qué ustedes pensarían de semejante monstruo? El punto es que Dios no es un hombre o una mujer cualquiera, no es un padre o una madre cualquiera; Dios es misterioso, que no somos nada para conocer sus caminos, y que requiere amor incondicional. De hecho, no es tan siquiera un premio al final lo que un buen número de Jobs han recibido por aguantar los peores sufrimientos y amar incondicionalmente a Dios. Tanto el sufrimiento de los rectos como la misma idea de Dios siguen siendo misterios, y ante el sufrimiento absurdo de los inocentes, el misterio y la confusión que sería pensar que Dios existiera e hiciera pasar a estos, los inocentes, lo que los hace pasar sigue siendo un misterio, o más bien un absurdo, trepado sobre otro misterio, que es la misma evidente existencia del universo, como un llanto de una humanidad que no sabe tan siquiera por qué hay algo en vez de nada, una pura nada que no hiciera soplar ni un llanto ni una sonrisa ni absolutamente nada.

Lo que nos queda y es palpable es Job, esa maravilla de ser humano que aunque en medio de sus sufrimientos sin fin hubiera preferido no haber nacido y llega a exigir un encuentro con Dios, persiste en ser recto y aceptar su destino. ¿Cuántos de ustedes, mis queridos lectores, y me incluyo entre ustedes, no pueden por lo regular sino actuar rectamente sin pensar a la vez en algún premio que han de recibir más tarde por la rectitud mostrada?

Los griegos tenían su propia versión de una elevada humanidad con fuerza y autonomía moral que, como Job, con anterioridad a los absurdos premios de Dios, no requiere premios ni en la absurda vida ni después. Recuerden la noble Antígona en la tragedia de Sófocles y su transfigurada boda con la muerte en vez de con su prometido, esa tremenda mujer para quien el hades, que nunca fue entre los helenos gran cosa ni nada que se parezca al cielo de los cristianos, era una figura poética y desesperada para hablar de la eterna muerte que sería su recompensa por cumplir la ley divina de sepultar a su

hermano. O piensen en Jesús, no en su doctrina sino en su vida — alguien que sufre no una mala fortuna, como Job, ni el castigo por desobedecer la ley de un rey que se ha vuelto loco con su poder, como Antígona; sino alguien que sufre el castigo de su propia gente toda, la burla de los humanos. Piensen en los Jesús del mundo, esos seres también increíbles que matamos cada vez que se aparece uno como él, ¿pues cuántos son los Jesús que hemos crucificado cada vez que nacen por el mundo o se asoman para amar y sólo amar sin pedir nada a cambio? No sé de nadie que lleve la cuenta, pero son un montón, muchos no llegan a la fama, y no se los ve sólo por este lado del mundo ni entre las religiones que predominan en este lado del mundo.

Algunos de ustedes ahora se dirán que fue precisamente el cristianismo el que resolvió el problema del que habla este profesor con relación a los Jobs no premiados en vida. Se trata de la resurrección de los muertos, la eterna salvación y la eterna condena, el cielo y el infierno. “Y los buenos serán recompensados en el cielo”, nos dicen. Tenemos entonces de los albores de la era cristiana, por ejemplo, la *Epístola a los Corintios*, donde Pablo, citando a un poeta romano, Menandro, plantea que si los muertos no resucitan, ni sus propias luchas ni las de los demás creyentes valen la pena. Les leo el pasaje porque desde el ateísmo pienso que la creencia en Dios de hecho gira en torno al deseo de salvación y el deseo de poder de los mortales que habitan este recoveco del universo donde el sufrimiento y el castigo no se reparten en partes equitativas ni sólo entre los que se lo merecen.

Si los muertos no resucitan en manera alguna ¿por qué bautizarse por ellos? Y nosotros mismos ¿por qué nos ponemos en peligro a todas horas? Cada día estoy a la muerte ¡Sí hermanos! Gloria mía en Cristo Jesús Señor nuestro, que cada día estoy en peligro de muerte. Si por motivos humanos luché en Éfeso contra las bestias ¿qué provecho saqué? Si los muertos no resucitan, *comamos y bebamos, que mañana moriremos*.¹⁰

Mientras más leo a Pablo, más me parece que no entendería de héroes trágicos griegos. Y su lectura del *Libro de Job*, por ejemplo, sería muy diferente a la que les he propuesto. En este pasaje nos da a entender que su heroica vida, plagada de increíbles sacrificios por llevar el mensaje de los evangelios, según él, no tendría sentido sin la resurrección de los muertos, incluyendo por supuesto la resurrección suya. *Señores y señoras: si el ateísmo está en lo correcto, fiestemos hasta la saciedad, que lo otro que podamos hacer para*

¹⁰ *Biblia de Jerusalén*, 1 Co. 15, 30-33.

llevar una vida recta no vale la pena. Eso nos dice. Se desprende oscuramente del texto de Pablo que el Reino de los Cielos y Dios también no existen sino para la salvación de los hombres.¹¹ ¿Dónde está el Reino de los Cielos? Nos podríamos preguntar y entrar de nuevo en la lógica de los planteamientos con los que comenzamos y, si recuerdan, concluimos que se trata de explicar un misterio con otro misterio que es más oscuro aún. Pero esa no es la pregunta más importante en esta coyuntura del argumento: ¿Más importante es preguntarnos si no valdría la pena ser recto como Job, o dar la vida por un principio como Antígona, o atentar revolucionar el mundo dando la otra mejilla como Jesús, de no existir Dios ni Satán ni nada que se parezca? Les pregunto a ustedes. ¿No valdría la pena retar con sentido y creatividad a un universo sin sentido ni dirección? ¿Que esto no valdría la pena si no existiera Dios? ¿Entonces qué es lo que verdaderamente anhelamos con la idea de Dios? ¿Probar que todo está hecho para nuestra grandeza y salvación? ¿Requerir de Dios para que todo tenga sentido? ¡Mejor asombrarme ante el universo, mejor no tratar de escapar a través del deseo que origina en esta frágil condición humana! A Dios, si existiera, no se le debería requerir para comportarme como debo comportarme. Porque entonces Dios sería un instrumento de los hombres, para que nos comportásemos bien, o para que nos comportásemos según algunos dicen que es el bien. La idea de Dios sería entonces tanto un instrumento de la debilidad de todo creyente como un instrumento de poder de unos sobre otros.

Para concluir con los designios del tábano que son muy molestos al caballo, mis queridos atenienses, el asombro que les propongo requiere cierta actitud, más bien cierta postura vital, que no es fácil promover y es más difícil aún sostener por un período de tiempo. Se trata de un camino trazado por los griegos, una tradición griega, una época de decadencia religiosa, un temperamento que dio origen a la filosofía y a las ciencias naturales a las que he aludido en varios puntos a través del camino. O se trata de una conciencia intelectual más valiosa que la búsqueda de la verdad y una conciencia intelectual más valiosa que la verdad misma, —como decía un maestro, filósofo también y ateo, del siglo pasado, Nietzsche— pues bien puede ser que la verdad sea el más ilustre pero también el más trágico de los engaños.¹² Y la búsqueda enamorada de la verdad/

¹¹ Unamuno levanta este mismo punto con relación al Kant de la *Crítica de la razón práctica*. Véase *Del sentimiento trágico de la vida*, capítulo I.

¹² De Federico Nietzsche, véase por ejemplo *La gaya ciencia* (México, D.F.: Mexicanos Unidos, 1983) Libro I, aforismo II, y Libro II, aforismo LVIII.

engaño no puede ser otra cosa en cada caso que una estrategia de poder, como declaran otros filósofos más contemporáneos. No me malentiendan mi lector y mi lectora. Que la verdad sea engaño no implica que no vale la pena buscarla. Al contrario. El asombro le da energía y peso a la vida reflexiva en sí, la hace importante para los que la viven así, la hace a la vez extraña, la deja sin sostén, como en el aire, sin apoyo ninguno. Y uno se mueve por los caminos por propia integridad y creatividad.

El asombro puede promover el ateísmo, aunque no necesariamente, pues es tan sólo un camino entre otros que uno debe también recorrer. A las experiencias grandes y nobles como el asombro se las debe dejar ser como son y no se le ponen amarras. Propongo el asombro y todo lo que desde el asombro se tenga que pensar y decir, incluyendo igualmente todo aquello que nos lleve al ateísmo como todo aquello que no nos lleve al ateísmo. Ya algún otro filósofo —creo que creyente, por cierto— ha dicho que lo contrario de la vida moral no es la vida inmoral, que es más bien la indiferencia, la dejadez, la incapacidad de búsqueda y convicción, o terminar haciendo y diciendo lo que hacen y dicen los demás.¹³ Ante el asombro, la vida adquiere infinito peso e importancia para quien la vive, se vive más hondamente cada convicción, la vida da que pensar; y así, desde el universo como misterio, los héroes lucen más grandes aún, pues son creadores, inventores de grandes hazañas: Antígona, Sócrates, Job, Jesús, y hay otros, muchos otros, de eso se trata en parte el curso que damos, y otro curso más, si lo hubiera, de Introducción a la Cultura, no de Occidente, si no Introducción a la Cultura Humana, introducción a la humanidad, ¡tan poca cosa que es la humanidad!, y por lo general tan terrible y a veces, pocas veces, tan maravillosamente recta y bondadosa, que uno pudiera llorar de admiración ante el reto que representa en un universo tan oscuro y extenso.

Héctor José Huyke
Departamento de Humanidades
Recinto Universitario de Mayagüez

¹³ José Ortega y Gasset.